



J U E G O S B A N C A R I O S • 2 0 2 3

Olor a galletas

Autor: Juan Carlos Silva Peñaloza



C U E N T O

Siento el atardecer cálido con aroma de humo. Tengo ardor en los ojos. Es uno de esos días en que no sabes de dónde sale tanto hedor. Finaliza la jornada laboral en la zona industrial. Camino bajo la lluvia que comienza con enormes gotas que suenan como huaraches en el pavimento. La avenida se despeja de la gente que sale de las fábricas, impacientes por escapar de ahí. Yo voy a paso lento, leyendo el nombre de cada fábrica o negocio.

Las pocas ganas que tengo de regresar a mi casa despiertan la curiosidad por acercarme a un callejón, en medio de dos edificios, del cual sale un destello. Las altas paredes impiden que entre la luz enteramente. Me animo a entrar porque no hay nadie que me vigile: la amenaza de lluvia aceleró a la gente. Atravieso la calle, pero un par de chicas rezagadas pasan corriendo cerca de mí. Me asustan. Gritan tonterías que las hacen carcajearse y mi mente conservadora se altera al escuchar que en medio de su plática repiten sin cesar la palabra verga.

No recuerdo si se puso de moda hace poco o simplemente mi mentalidad de cuarenta y tantos no se había percatado de su uso cotidiano. El agua cae con más fuerza, las gotas se sienten duras sobre mi cabeza. El olor a polvo mojado que se levanta, me recuerda a mi mamá cuando barría el pedazo de banqueta afuera de nuestra puerta. Con el muñequero exacto y la técnica de puño a medio cerrar, regaba los chorritos de agua sobre el piso para no levantar el polvo. Nunca lo pude hacer igual.

Desde que salí hace media hora de mi turno en la fábrica de galletas, no paro con la ansiedad. Llegar al cuarto que rento en la vecindad de Lago Zurich, en la Pensil y en el que no me espera nadie, no me motiva. Siempre termino lamentándome por ser un obrero con carrera técnica y sin familia. Por eso hoy camino esta ruta que me lleva a la estación del metro, porque es más tardada.

Entro al callejón, la luz del atardecer alcanza a iluminar una parte, pero a cada segundo las nubes se cierran. Hay mucha basura, piso sin querer una botella de vidrio que sale disparada a donde se encuentra un gato, que al mismo tiempo brinca del susto y se esconde en un resquicio. No veo de donde salió el destello. El callejón tiene una densa obscuridad. Hay mucho fondo. No traigo mis lentes para ver de lejos, pero percibo la luz de lo que parece el display de un celular que está por apagarse. Noto que el desagradable olor proviene de este lugar, porque el humo de una fogata se extingue.

Mi inconciencia me impulsa hacia adentro, doy unos pasos hasta que suena el teléfono y la luz del display se prende con mayor intensidad. Lo levanto. Es un celular Nokia de los noventa y está sonando. Es el inconfundible ringtone de la marca, pero estamos en la época de los teléfonos inteligentes. Sé que encuentras estos aparatos en algún mercado sobre ruedas, pero ya no veo a nadie usando uno. Sin embargo aquí está con sus teclas luminosas de color azul y el identificador de llamadas mostrando un número que termina en cuatrocientos treinta y tres.



Me es peculiar porque era el número exterior de mi casa cuando niño. Me decido a contestar, pero deja de sonar. Lo guardo en mi chamarra. Se me ocurre usarlo para después, cambiarle el chip y así recordar cuando los celulares sólo servían para hablar y enviar mensajes de texto. Debe haber más cosas aquí. A unos pasos hay tres piedras del tamaño de unas bolas de boliche. Me acerco. Parece como si alguien las hubiera acomodado a la misma distancia entre ellas. Las toco para sentir su textura y me llama la atención que tienen unas partes blandas como si fueran melones.

Estoy seguro de que son piedras, pero esta característica me hace dudar. Mas iluminación me ayudaría a verlas bien, pero mejor las dejo ahí. Los ojos se me irritan aún más por el humo que sigue saliendo del montón de basura quemada. Aunque soporto el aroma, es bastante asqueroso. Se parece más a olor a muerto, como el de aquel vecino que se murió en su departamento y después de una semana de apestar buscaron a sus familiares para avisarles del cadáver. Aquí tal vez había animales muertos.

Por la altura de las paredes no cae del todo la lluvia en el callejón, pero ya se escucha más fuerte. Mi ansiedad consiste en recordar el remedo de persona que soy, trabajando de obrero en una famosa marca de galletas; combinando turnos en madrugada y en el día, cada tres semanas. No niego que me relaja un poco el delicioso aroma de harina que se esparce en toda la fábrica, pero después de un rato mi olfato se acostumbra. Ahora se asoma el sol por un instante, el viento empujó una nube. Veo el reflejo otra vez, es una cortina de acero liso y brillante con las chapas sin candados.

Me recargo para probar qué tan pesada se siente y para nada está rígida, al contrario parece a modo para abrirla. No me acuerdo de que es este edificio, pero no se escucha movimiento del otro lado. La alzo lo necesario para agacharme a ver que hay dentro de la bodega. Meto la cabeza debajo de la cortina y me llega a la cara una fría brisa llena de humedad, muy parecida a como olía el cuarto de herramientas que había en la casa donde vivía de chico. Pero no alcanzo a ver nada, volteo a todas direcciones y sólo hay obscuridad. Mejor salgo y me levanto para caminar un poco más atrás, aunque rodeo la bola de basura, suena que piso toda clase de objetos, pero uno en especial me hace detenerme a revisar.

Algo como cristal duro que truena, pero no termina de romperse. Creo que se trata de un parabrisas de coche porque está alargado. Me acuerdo de algunos años atrás cuando llegó mi primo con su auto estrellado y el medallón ensangrentado. Tenía una parte sumida en la que encajaba una cabeza de alguien que seguramente atropelló. Me quedo parado para pensar y preguntarme qué hago aquí adentro escondido de la gente como si fuera un perro buscando comida entre los desperdicios. Caigo en la cuenta de que estas cosas me llevan a ciertos recuerdos que tenía borrados.

La vida para mí es una rutina mecanizada donde sólo voy y vengo a acomodar



masa de galletas y activar máquinas. Desde que murieron mis padres me quedé solo, sin haber tenido hermanos y sin otros familiares. No pude tener ninguna relación, siempre odié intentar hablar con las mujeres para buscar algo más. A veces me distraigo leyendo algún libro barato, pero nada más.

La lluvia entra con toda intensidad, moja la basura y el piso se enloda. De una de las piedras comienza a salir un líquido negro que se esparce alrededor de las otras. Parece petróleo, petróleo en abundancia, desmedido. La puerta de la bodega se abre de a poco hasta que se ve el interior. Muchas sombras se pasean por el lugar y sus pisadas suenan como piecitos descalzos de niños. Al fondo se prende un televisor de caja, y veo que aparecen todas las escenas que estuve recordando está tarde. La última imagen es la fachada de mi antigua casa, con el número cuatrocientos treinta y tres de la avenida Observatorio. Se nota el delgado árbol sembrado en la banqueta que tapaba con sus ramas la ventana del segundo piso. Está el nido de tórtolas con sus pequeñas aves a punto de soltar el vuelo. Me acerco a la tele para verla mejor, deseo ver más imágenes de mi pasado, pero suena el Nokia que traigo en mi chamarra. Es la misma terminación de número, voy a contestar pero la cortina se está cerrando. Alcanzo a salir teniendo que arrastrarme para que no me aplaste, pero se me cae el celular quedándose adentro.

A diferencia de hace un rato, sigue sonando. No debería importarme y aún así comienzo a impacientarme por saber quién llama. Extrañamente me cuesta trabajo volver abrir la cortina, y con un palo de escoba que tengo cerca, logro jalarlo hacia mí. Afortunadamente puedo contestar. Es el mismo número. -¿Bueno? -Hola Jorge, ¿cómo has estado? ¿me recuerdas? - Es una voz joven de mujer, me esfuerzo por reconocerla pero no puedo. -¿Ya se te olvido que te regalé el celular el día de tu cumpleaños? Fui la única que se acordó, bueno también Julio y Antonio-dice la voz. Se pierde la comunicación y al mismo tiempo se revientan las otras dos piedras, pero a estas no les sale ningún líquido. Al celular se le acaba la pila. Mejor me voy a mi casa.

La mañana huele a ricas galletas de malvavisco sabor fresa. Siento el calorcito de un horno casero. Se me antoja una café. Hay mucha gente desconocida hoy en la fábrica. Les digo buenos días. No me responden. Me sorprendo al escuchar la misma voz de la mujer del celular. Estoy a unos pasos de ella pero su cara no se distingue. Unos policías le hacen preguntas, tiene el uniforme de obrero como el mío. Ella les dice que el compañero Jorge se distrajo por querer contestar su teléfono, porque siempre estaba al pendiente del aparato a pesar de que le hablaban poquísimas personas, sobre todo luego de haberse enfadado con Julio y Antonio. Se le resbaló de las manos y por querer alcanzarlo se cayó desde el tercer nivel y se le reventó el cráneo. Le salía sangre de forma desmedida. No tiene familia ni nadie que lo reclame.

Me siento triste por mí, pero al menos no se ha ido de mi nariz el dulce olor a galletas. ¿Hacia dónde debo ir?

